

UN SEM.

Madrid... 6
 Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
 Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL MONTE DE BOADILLA,

A un lado de Villaviciosa, donde tantas y tan hermosas casas de campo van levantando hoy las gentes ricas de Madrid, y cerca del monte

de Boadilla, había una hermosa quinta propia del señor de Matallana, banquero que con una hija de diez y ocho años, y su hijo de veinte y cinco, solía ir á pasar grandes temporadas del verano huyendo del calor de Madrid, sin necesidad de perder de vista sus negocios comerciales haciendo un largo viaje.

En aquella casa de campo, elegantemente amueblada, y con un hermoso terrado que daba sobre los jardines, tenía su pieza con mesa de billar, y de vez en cuando, por la proximidad de la corte, venían algunos amigos á pasar una temporada en ella.

Eugenia era una joven encantadora que en uno de los viajes que había hecho con su padre al extranjero, había contraído un afecto cambiando sus primeras miradas y sus primeras sonrisas con un joven de la buena sociedad de Madrid, llamado Calderon. Calderon había cultivado la amistad del banquero Matallana, y mientras estaba de temporada en su casa de campo iba frecuentemente á verle. Aumentaba esta in-

timidad la amistad que había contraído con Carlos de Matallana, hijo del banquero.

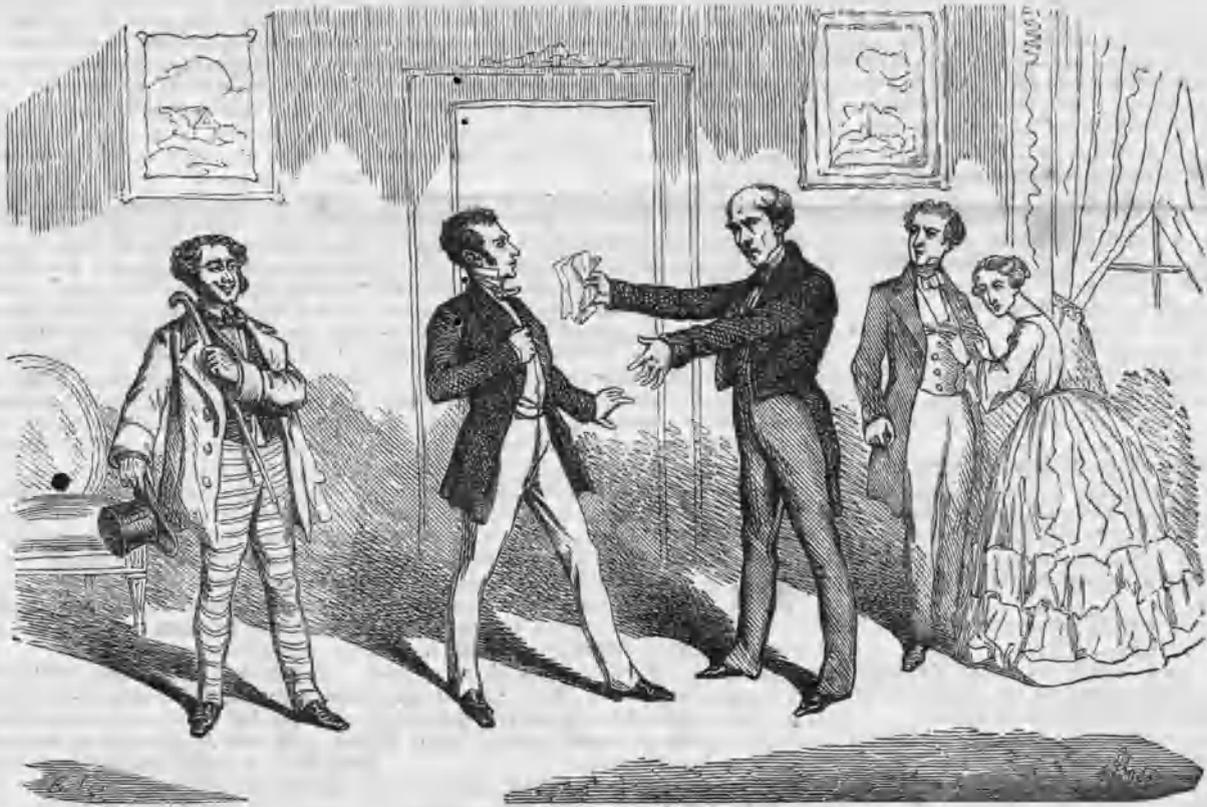
Hacia ya cuatro días que permanecía en la quinta, cuando una tarde vió Calderon los preparativos que hacia Carlos para marchar á Madrid. Preguntó á éste cómo es que trataba de marcharse tan pronto. Contestóle que un maldito negocio, un pleito que debía verse en Madrid al día siguiente, le hacia marchar, y también el tener que verificar un pago de ocho mil duros.

—Pero no podría hacerlo el dependiente de la casa que siempre os acompaña, y que es hombre seguro? dijo Calderon.

—¿Quién, don Francisco? Es la providad misma, y además está lleno de inteligencia. Yo le hubiera confiado esta misión sin temor ninguno, si desgraciadamente no fuese necesaria é indispensable mi presencia.

—¿Vuestra presencia?

—Si; preveo ciertas dificultades que yo solo puedo levantar. Bien penoso me es tenerme que separar de vosotros por tres días, porque á tí



¿Le ha entregado vd. estos billetes?

te tengo por el mejor amigo de toda mi familia, pero lo que me consuela es que muy pronto daré la vuelta.

—Esa es una esperanza á que yo no puedo entregarme, porque dentro de dos días tengo que salir para Barcelona.

—¿Mañana por la tarde?

—Mi padre me envía á llamar para un negocio urgente, y lo siento, porque había venido aquí con una esperanza.

—¿Cual?

—Amo á tu hermana. La suerte quiso que la viese con frecuencia el año pasado en el viaje que hizo con tu padre á Biarritz. Allí he tenido ocasión de apreciar sus nobles cualidades, la bondad de su corazón, la gracia de su talento,

lo exacto de su juicio; y tengo orgullo, porque ya sabes que uno cree en todo aquello que desea, tengo orgullo... repito, en que no la soy del todo indiferente. En fin, contaba yo con entregarte que hablases á tu padre en mi nombre, á fin de que me diera una respuesta favorable, porque quisiera que ya que somos tan amigos, fuésemos todavía algo mas, fuésemos hermanos.

—Debo confesarte, dijo Carlos, que sin sorprenderme precisamente la confianza que me haces, me causa gran placer. Te prometo hablar á mi padre inmediatamente que vuelva; y si no te veo, yo te lo escribiré; pero puedes estar seguro anticipadamente de que su respuesta llenará tus deseos.

Los dos amigos diéronse las manos, y se fueron, Calderon á dar una vuelta por los jardines, y Carlos á hablar á su padre.

Carlos habló á su padre, que como hemos dicho era un respetable banquero de cincuenta y cinco años, y le hizo ver las ventajas que resultarían á su hermana del enlace con Calderon, ventajas que ya para sí había calculado con prudencia nuestro banquero. El padre no le dió una respuesta decisiva, fijándose en que era necesario consultar y explorar la voluntad de Eugenia; empero dejó preveer el contento que le causaba su proposición.

Entretanto el dependiente había hecho todos los preparativos del viaje; y habiendo venido ya un criado antiguo de la casa á avisarle que

estaba enganchado el carruaje. Carlos fué á despedirse de su padre, de su amigo y de su hermano, cuando el padre le advirtió que llevaba los billetes de banco en la cartera, encargándole que cuidase de no confundirlos con los otros papeles.

—Tiene vd. razon, padre: voy á ponerlos en el bolsillo en este librito de memoria.

Colocó los billetes en el libro de memoria, y se lo metió en el bolsillo izquierdo del frac. Al mismo tiempo el antiguo criado de la casa, Pedro, iba á colocar unas pistolas en el cabriolé. Al verlas Carlos le preguntó qué hacia, y habiéndole contestado éste que colocar aquellas armas, porque la noche estaba oscura y el monte de Boadilla no era muy seguro, Carlos con alegría le mandó retirarlas.

Su padre le dijo:

—Tal vez Pedro tiene demasiada razon: tú llevas valores de consideracion contigo.

—¿Quién quiere vd. que lo sepa, padre mio? A menos que no sean vds. los que vayan á emboscarse en el monte para cuando pasemos... Y despues volviéndose á Pedro, le dijo:

—Sabe esas pistolas á mi cuarto, que yo me guardaré muy bien de tocarlas. Nada hay que atraiga tanto á los ladrones como las armas.

—Eso no impide, contestó Pedro, que hayan detenido y robado el correo de Extremadura hace cuatro semanas.

Al decir esto salió, y fué á colocar la maleta en el cabriolé.

Despues de haber abrazado Carlos á su padre, á su hermana y á su amigo, entró en el cabriolé con don Francisco, que era el dependiente de la casa, como hemos dicho, en quien todos tenían la mas grande confianza. Permanecieron el padre, la hija y el amigo en la puerta, hasta que perdieron de vista el carruaje al volver un recodo del camino. Despues se retiraron á dar un paseo por los jardines: consumieron las primeras horas de la noche en jugar al billar, y cuando ya se disponian á retirarse, porque en el campo todas las gentes se recogen temprano y madrugan mucho, oyeron el ruido de un carruaje que rodaba no lejos: oyeron despues cesar aquel ruido, y llamar violentamente á la puerta de la quinta. Ladronaron los perros, y todos se alarmaron no sabiendo quien podría llamar así á semejantes horas. Parto de los criados se hallaban ya recogidos pero se levantaron inmediatamente.

Serian cerca de las doce de la noche, Eugenia llena de miedo se acercaba al lado de su padre; y Calderon trataba de tranquilizar á la jóven toda trémula, diciéndola que no habia peligro alguno, y que ademas allí estaba el pura conjurarle.

Permanecieron en silencio, mientras el anciano criado Pedro, fué á la puerta para ver lo que causaba aquel ruido á hora tan desusada. Estuvieron escuchando algunos instantes cuando se presentó en la sala Pedro todo asustado.

—¿Qué hay? le preguntaron los tres con terror á la vez.

Pedro apenas podía hablar, y solo pudo decir:

—Señor... señor...

—Habla, pues, le dijo con viveza Matallana.

Con voz entrecortada por los suspiros, y en el mas grande desorden contestó Pedro:

—He preguntado quien era... al pronto no me han respondido, y despues, como una voz sorda que se quejase... entonces me he aventurado, y he entreabierto la puerta.

—¿Y bien?...

—He visto... un hombre... tendido en el suelo.

—¿Un hombre? exclamaron los tres á un tiempo.

—Y un carruaje... era... creo que es el cabriolé del señorito Carlos.

—¿Y mi hijo? exclamó traspassado de dolor Matallana.

—¿Y mi hermano? dijo al mismo tiempo Eugenia.

Y los tres se lanzaron precipitadamente hácia la puerta, excepto Pedro. Pedro se apoyó contra un banco; tembló con todos sus miembros, y se le oian rechinar los dientes.

—¿Lo que yo he visto... oído... Mis ojos se tárdan: mis piernas no pueden sostenerme. Y se dejó caer cuán largo era en el banco.

A poco rato entraron el banquero y su amigo Calderon trayendo á don Francisco (el dependiente) desmayado.

Traia sus vestidos en el mayor desorden, y una herida en el brazo izquierdo. Colocáronle sobre un sofá. Matallana con la mayor ansiedad esperaba el momento en que su dependiente pudiese hablar, y le repetía sin cesar:

—¿Mi hijo! mi hijo! ¿dónde está mi hijo!

Eugenia hecha un mar de lágrimas aguardaba una respuesta para saber de su hermano.

Trataron de hacer volver á don Francisco de su desmayo.

—¿Que hable... una sola palabra!... ¡Dios mio, haced que pueda hablar!

Al cabo de un rato de haberle frotado las sienes con vinagre, y de haber hecho otras semejantes cosas, pareció que don Francisco recobraba los sentidos y volvía en sí. Acercáronse todos con ansiedad á su lado.

—Parece que vuelve en sí, dijo el dueño de la casa. ¡Y mi hijo! respondió.

Don Francisco con una voz apagada, y levantándose, arrojó vagamente una mirada en derredor de sí.

—¿Vuestro hijo!... Hizo una gran pausa, y despues pronunció con voz débil esta palabra: ¡asesinado!!!

Y volvió á dejarse caer sin sentido sobre el sofá.

El padre, la hermana y el amigo, con el mayor dolor lanzaron un grito terrible.

II.

Ha pasado un año muy cerca de esta terrible catastrofe. Don Francisco, como de ordinario, se habia dedicado todo este tiempo á llevar adelante los negocios de la casa, y á reemplazar en lo posible la falta del hijo del banquero; empero se veia á aquel hombre siempre receloso, suspicaz, sombrío, desde la noche fatal en que acompañando al hijo de su principal habia sido este asesinado y robado en el monte de Boadilla.

El padre al ver la desgracia de su hijo habia caído enfermo, y no se habia levantado de la cama sino perturbada su razon, habiendo durado mas de seis meses el desarreglo de ella. Su casa, tan opulenta antes, hubiera quedado arruinada á no ser por los cuidados de su dependiente Francisco. Aunque éste tardó largo tiempo en curarse de la herida, que él contaba haber recibido en defensa del hijo de su amo en aquella terrible noche, no solo habia continuado los negocios comenzados en la casa de comercio de Matallana con sus corresponsales, sino que por una solicitud y una actividad verdaderamente maravillosas, habia sabido aumentarlos y estenderlos. El pobre Matallana al cabo de seis meses curó de su terrible enfermedad; y cuando creia encontrar su casa en el mayor abandono, y comprometidos sus intereses, y perdida su fortuna, se encontró con que esta se hallaba casi doblada, gracias al trabajo y á la inteligencia de su primer dependiente. El reconocimiento le inspiró el mayor afecto, y parecia haber encontrado en él un segundo hijo; así es que no contentó con quererle como tal, queria darle hasta el nombre concediéndole la mano de su hija Eugenia.

Calderon, que habia marchado pocos dias despues de la catastrofe á Barcelona, donde le habian detenido un año los negocios, habia vuelto á casa de su amigo precisamente unos dias antes al en que pensaba Matallana que se verificase el matrimonio de su hija con el dependiente don Francisco dándole así una prueba de su agradecimiento, ya por la decision con que á costa de su sangre habia defendido la vida de su desgraciado hijo, ya tambien por el celo y esmero con que durante su larga y penosa enfermedad habia atendido á los intereses cuantiosos de su casa.

Matallana habia hecho presente su proyecto repetidas veces á Eugenia, y está que de corazon se hallaba enamorada de Calderon, lo habia resistido, si bien habia ofrecido someterse á la voluntad de su padre. Así es que cuando Calderon volvió de Barcelona y reiteró á Matallana la oferta que le habia hecho en vida de su

hijo, sintió el mayor dolor al ver que éste le respondió que tenia una deuda de honor y de gratitud que pagar á su primer dependiente. Hemos visto que Calderon habia sido uno de los testigos casi de la catastrofe en la terrible noche en que habia perecido Carlos, su amigo Carlos, en quien fundaba todas sus esperanzas, y que hubiera sido el mas poderoso apoyo para el logro de su amor y de su ventura, que cifraba en el matrimonio con Eugenia.

Un día antes del señalado para verificar el matrimonio de Eugenia con don Francisco, se presentó Calderon por última vez á su amigo Matallana, manifestándole que en nombre del interés sagrado de su hija venia á desenmascarar á sus ojos al hombre á quien pretendia darle por esposo. Revelóle entonces que aquel hombre era un jugador, que tenia deudas, y que circulaba por el comercio un pagaré de cuatro mil duros firmado por él. Matallana no quiso dar crédito á lo que creia calumnias de un rival, y á lo que le parecia estar tan en contradiccion con la conducta que durante un año habia visto en su jóven dependiente. Una circunstancia vino á arrojar la alarma en su corazon.

Un comisario de policía se le presentó, y vino á despertar recuerdos muy dolorosos en su alma, manifestando que hacia algunos dias que unos leñadores trabajando en el monte de Boadilla á poca distancia del lugar donde se habia cometido el crimen habian encontrado bajo un monton de hojas secas la cartera que llevaba su desgraciado hijo. Reconoció aquella cartera, y el comisario le hizo notar que estaba atravesada hacia el medio, y en sus dos partes. Matallana, examinándola detenidamente, recordó que aquella cortadura no existia antes. Hizo le observar el comisario que su hijo habria colocado sin duda, como es costumbre, su cartera en el bolsillo izquierdo de su frac, y que habia sido herido en el mismo lado que era probable que aquella cortadura hubiese sido hecha por el asesino, y que era la huella misma del golpe que le habia dado la muerte; que en aquel caso los billetes que encerrase la cartera, y que habian sido robados, debian tambien haber sido atravesados por el puñal, y tener algunas manchas de sangre como las tenía la cartera. El comisario hizo presente que era muy posible que aun no se hubiesen atrevido á hacer uso de aquellos billetes atravesados por su puñal y manchados con la sangre de su víctima; que tal vez, á pesar de la baja codicia que habia impulsado al crimen, detenida por el temor del castigo habria suspendido por algun tiempo poner los billetes en circulacion.

Á aquella revelacion sintió Matallana como ocurrírsele una idea repentina.

De acuerdo con el comisario, trató de prevenir á todas las gentes del comercio, pero con una estremada reserva, y recomandándoles el mayor secreto, á fin de no despertar la desconfianza del culpable.

Acababa de salir el comisario de policía del despacho de Matallana, cuando entró su dependiente don Francisco.

Ya hemos dicho el estado de suspicacia y de alarma en que vivia hacia un año: preguntó á su principal que era lo que queria aquel hombre; pero éste le dijo que se lo manifestaria mas tarde, y como variando de conversacion le preguntó que significaba lo que le habian dicho de que tenia suscrito un pagaré de cuatro mil duros.

Embarazado y suspenso se quedó don Francisco con aquella pregunta, pero respondiéndole un poco, despues de alguna vacilacion manifestó que teniendo un hermano negociante en Sevilla, y hallándose éste agrado en sus negocios le habia pedido dinero, y que no teniendo lo en aquella época habia suscrito el pagaré comprometiéndose por él.

Matallana le reprendió amistosamente por no haberse valido de él, sabiendo que tenia á su disposicion todos los fondos de su caja; quedando al fin Matallana muy persuadido de que la causa por la que le habia acusado Calderon procedia de un motivo tan puro como el haber sentido al generoso suceso de su hermano. Estrechó con afecto la mano de su dependiente, y le anunció que al día siguiente se verificaría

la realización de todos sus deseos, la boda con su hija Eugenia, dándole desde entonces el nombre de hijo.

Atónito quedó con esta noticia don Francisco, el cual no quería casarse con Eugenia. Conoció que la mano de aquella joven jamás debía tocar la suya. Él no quería haber llegado a tanto: sentía alarmada su conciencia al ver aquel desgraciado padre que venía á arrojarle en sus brazos á pesar suyo, á pesar de la pobre Eugenia, porque él no podía ocultarse que la joven sentía una aversión hacia él, que sin duda le inspiraba el mismo cielo: rehusar aquella boda era dar un motivo más de desconfianza. Eugenia era joven, rica, hermosa... volver atrás era perder en un día su posición, su fortuna y su porvenir... Y sobre todo el oro, aquel oro tan necesario para sus pasiones... aquel oro al que todo lo había sacrificado. Calculaba después que se buscaría algún motivo á aquella inconcebible negativa, y temblaba á la idea de que pudiese sospecharse la causa... la verdadera causa, la que existía en su corazón con los remordimientos. Así, pues, se decidió á casarse con aquella joven, y á arrostrar aquella consecuencia más de su crimen. Veía á un lado el sacrilegio; al otro el cadalso.

Agobiado con estos fatales pensamientos, se arrojó sobre un sillón, cuando vio abrirse la puerta de su cuarto, y presentarsele un amigo llamado González. Este era uno de los compañeros de sus desórdenes y de su juego, y al cual había firmado el pagaré de los cuatro mil duros. Reclamó éste ativamente el pago de aquella cantidad, y por mas disculpas que le dió don Francisco, por mas que le rogó él que le concediese el plazo de un día, dentro del cual habría asegurado su situación y su fortuna por haberse casado con la señorita Eugenia, aquel haciéndose un arma de esta misma circunstancia, le manifestó que tenía necesidad de dinero, y que si no le entregaba aquella cantidad al día siguiente por la mañana á las siete en punto, volvería á deslucir aquel matrimonio. Rogó de nuevo don Francisco, pero en vano; le hizo presente el acreedor que aquella cantidad le era absolutamente necesaria; despidiéndose insolentemente de él hasta las siete de la siguiente mañana.

Conoció don Francisco que la rapacidad de aquel hombre iba á quebrantar su porvenir. Entonces corrió á abrir uno de los cajones de su armario, y cogió de él un puñado de pesos con febril ansiedad.

—Esta cantidad, dijo, esta cantidad y un buen golpe de suerte, y mañana por la mañana tendrá mis cuatro mil duros. Después de un momento de reflexión, añadió: no me queda mas que este recurso.

Y salió precipitadamente de su habitación.

III.

A la mañana siguiente, casi al amanecer, entraba con precipitación en su cuarto don Francisco; y después de haber escuchado atentamente si sus pasos hacían algún ruido en la casa, cerró la puerta, y fué á sentarse delante de la chimenea á donde ardían algunos troncos. Apoyó la cabeza en sus manos; y sus descompuestas facciones, sus cabellos en desorden, daban á entender que había pasado la noche en alguna de esas partes donde el alma sufre una deshecha borrascosa. Meditaba que le era preciso pagar dentro de muy pocas horas cuatro mil duros; que hacia un instante que los había tenido casi doblados, que ahora le hacían falta, y que si hubiese tenido suerte cinco minutos mas estaba salvado... empero que todo lo había perdido sobre aquella fatal carta en la que había puesto su dinero como si hubiese puesto su vida. Levantóse, y á grandes pasos andando por su cuarto agitado, recordaba que hacia pocos instantes había encontrado al paso un hombre que llevaba al hombro unos talegos... eran dinero... lo había oído sonar... ¡Imprudente, de llevar así dinero á aquella hora!... Si él hubiese creído... hubiera cometido otro crimen... y un crimen estéril tal vez como el primero. Parándose después, se decía á sí mismo: que pues que el mal estaba hecho, era preciso que se aprovechase. Si; hacía un año, un año... y después de

este tiempo los crímenes se olvidan; el tiempo los borra... fué, pues, á mirar por la centésima vez. Entró en su alcoba, y salió de ella con un paquete de billetes de banco. Después de haber escuchado atentamente á la puerta, se cercioró de que no había ningún ruido en la casa. Colocóse entonces con los billetes cerca de la chimenea; los examinó uno á uno, y los situó delante de la luz, pasándose los dedos por encima. Tranquilizóse un momento, y dijo: si yo mismo con amargura si no era bastante rico para poder pagar los cuatro mil duros que debía. La cortadura no se ve; se necesitarían ojos de lince... nadie sabe ademas que han sido falsificados... porque la cartera la había ocultado en el bosque, y la había enterrado cuidadosamente con hojas y tierra; se había sabido el crimen, y nada mas... pero la terrible circunstancia que lo había hecho inútil hasta ahora la ignoraba todo el mundo. ¿Qué apariencia podía haber de que sospechase nadie del tenedor de aquellos billetes? Fué situando todos los demas delante de la luz, y siempre se les veía una manchita de sangre. Desesperábase de que nada borra las manchas de sangre; temía que aquellas manchas pudiesen venderle. Arrojó los billetes sobre la mesa; se levantó, y se paseó acelerada é inquietamente. Miró la péndola, y vio que pronto serían las siete. Ya la luz del día penetraba en su aposento. Apagó la lámpara, y se preparó para aguardar á aquel hombre fúesto que iba á venir. A poco tiempo sintió pasos en la escalera. Tomando entonces decididamente una resolución, se propuso pagar con aquellos billetes... porque si no pagaba lo perdía todo; y si pagaba una inmensa fortuna le esperaba, y montones de oro para jugar.

Muy pronto llamaron á la puerta de su cuarto.

Cogió entonces precipitadamente los billetes: los metió en su bolsillo, y salió á abrir.

En efecto, era González, que entró en su cuarto, y á quien le dijo:

—Venga ese pagaré.

Buscó González en el bolsillo; y le dijo:

—¡Ya sabía yo que haría vd. honor á su firma! ¡Cáspita! ¡Un hombre que va á ser millonario!

Don Francisco alargó la mano á González, el que no viendo en ella billetes de banco, retiró su pagaré con desconfianza.

Don Francisco se los presentó entonces, y con una recíproca desconfianza cambiaron los papeles.

—Contad, contad, le dijo con impaciencia febril don Francisco, y despachaos, porque estoy muy de prisa.

—Ya lo creo: en este día siempre hay mucho que hacer.

Contando González y examinando los billetes, le dijo:

—Aquí hay una mancha.

Estremecióse don Francisco.

—Será sin duda de tinta, continuó; tinta un poco clara... ó tinta encarnada...

Don Francisco volvió á estremecerse todavía, y á manifestar su impaciencia.

—No importa nada, continuó González; ya quisiera yo tener un millón como estos.

Echándose después á reír, continuó:

—¡Toma! pues este está atravesada por el medio... está compuesto, pero se vé bien... no parece sino que ha tenido un desafío, y que ha recibido una estocada.

Don Francisco, con una inquietud y una impaciencia cada vez mayor, le dió prisa para que terminase.

Siguió González contando y examinando los billetes, y le hizo observar que todos estaban exactamente lo mismo.

—Sin duda, le dijo, habrán vertido algún frasquito de tinta encarnada sobre todo el paquete.

—Se los doy á vd. cómo los he recibido. Vamos, pronto, que tengo prisa.

—Permitame vd., no se reciben así veinte billetes de banco sin mirarlos un poco.

Prosiguiendo su exámen reconoció que todos estaban atravesados. Mirando entonces á don Francisco, le dijo:

—¿Sabe vd. que esto solo se puede explicar de una manera?

—¿Cuál? respondió con angustia don Francisco.

—Que haya tenido el capricho alguna señora de la alta banca de ensartarlos como perlas y hacerse con ellos un collar. ¡Já, já, já!...

Don Francisco trató de esforzarse en sonreírse.

González le entregó su pagaré, y se despidió. Apenas quedó solo don Francisco, respiró cual si se le hubiese quitado de encima de su corazón el peso de una enorme montaña.

Inmediatamente arrojó al fuego el resto de los billetes, arrojándolos antes con colores, y después removió las cenizas con las tenazas.

Durante este tiempo entró el banquero Matallana en su cuarto. Volvióse de repentina y con viveza al oír el ruido don Francisco, y dijo bruscamente y con una especie de temor:

—¿Quién va?

—Yo, amigo mio. ¿le causó á vd. miedo?

—Nada de eso, contestó don Francisco repeniéndose: me estaba calentando.

—Ha hecho vd. lo que yo; ha madrugado... En eso se parece la felicidad á las pesadumbres, en que impiden dormir.

—Pero está vd. pálido, alterado...

Cortado y embarazado don Francisco procuró disimular la situación en que se hallaba con el temor de no ser bastante digno de la mano de la hermosa joven con quien iba á enlazarse aquel mismo día. El padre estuvo hablando un rato con él sobre los preparativos de boda, y después se despidió dejándole tiempo para que se vistiese.

Habría pasado como media hora, cuando Calderon, que se hallaba en la mayor desesperación y había ocupado el tiempo en tomar noticias de la policía, adquirió la certidumbre de que aquel hombre, que era su rival, era un jugador á quien se veía habitualmente en las casas de juego, y que había pasado en una de ellas la noche última. Había también adquirido la noticia de que había perdido catorce ó quince mil reales, y trató de dar el último golpe para descanzar á Matallana. Le habló y comunicó cuantas noticias tenía; pero éste, obcecado hasta el último punto, no veía en el gran paso de Calderon mas que el despecho de su rival que perdía la mujer que amaba. Trató, pues, Calderon de dirigirse personalmente á don Francisco.

Entró en su cuarto; y don Francisco se sorprendió y aterró á su vista.

—¿Se asusta vd. de verme? le dijo.

—Confieso, caballero, que después de las extrañas acusaciones de que he sido objeto por parte de vd., y después del modo con que han sido recibidas por el señor de Matallana, podría pedirle una satisfacción á vd. por el papel que representa, y hasta por su presencia aquí, de la que desde ahora tengo derecho á ofenderme.

—Caballero, le contestó Calderon, no es un papel el que yo represento, sino un deber el que cumplo... Mi presencia aquí no tiene mas que un solo objeto, el de proteger á una familia á quien se quiere indignamente engañar, y el desenmascarar al impostor.

—¿Al impostor?

—Sí, vd. que va á casarse con una señora que no le ama.

—¿Qué sabe vd.?

—No solamente no le ama á vd., prosiguió Calderon con muchísima calma, sino que le aborrece.

—No sé por qué.

—Vd. es un jugador.

—¡Caballero!

—Sí, un jugador... un jugador desenfrenado... no de esos jugadores elegantes que se arruinan alegremente á la luz del día en los salones al resplandor de cien bujías, sino un jugador hipócrita y tenebroso... Jugador de garitos...

—¡Caballero! gritó don Francisco con una irritación indecible.

Calderon, animándose por grados, le contestó:

—La noche última, la víspera del día en que ese desventurado padre va á entregarme á usted su hija con confianza, vd. ha salido furtivamente de la casa; se ha deslizado por la sombra como un ladrón ó un asesino...

A esta palabra se estremeció todo don Francisco, y con terrible explosión contestó:

—Miente vd.
—Un insulto era lo que yo aguardaba, y bastante ha tardado. He creído que á la hipocresía unía vd. la cobardía.

—Las armas de vd., caballero... el sitio y el día, dijo don Francisco con voz entrecortada.

—Olvida vd., contestó Calderón, que dentro de algunas horas va vd. á casarse, y que el sacrificio estará consumado?... Hoy; ahora mismo; aquí debe dejar de existir uno de los dos.

En efecto, sacó dos espadas de su cuarto don Francisco; fué á cerrar la puerta, y presentó una de las espadas á Calderón, poniéndose en guardia.

—Defiéndase vd., caballero, le dijo Calderón. Empero don Francisco dejó caer la suya, y entonces aquél le dijo:

—¿Tiene vd. miedo?

Mas volviendo á coger la espada iba á comenzar el combate, cuando llamaron violentamente á la puerta; no saliendo á abrir se redoblaron los esfuerzos, y cedió la puerta presentándose el banquero Matallana.

Al ver éste que había un duelo en su casa, mirando á Calderón severamente y con desden, le dijo:

—No tengo necesidad de preguntar quien es el autor de semejante violencia y el provocador de este odioso combate... Salga vd. de mi casa, caballero.

—¿Caballero!...

—Salga vd. le digo; entré los dos queda rota ya toda relación, y le prohibo el que vuelva á presentarse en mi casa.

—Le obedezco á vd. Sin embargo, en nombre de su honor mismo, en nombre del porvenir de su hija...

—Basta, respondió Matallana friamente, enseñándole con la mano la puerta.

Calderón salió por ella.

Don Francisco dió las gracias á Matallana, y este con la mayor dulzura le dijo, cuando trataba de darle algunas explicaciones: nada quiero oír á vd., mi voluntad vacilaba hasta ahora, pero ya es inflexible: dentro de una hora aquí.

Don Francisco salió del aposento.

Iba á retirarse también Matallana, no sin haber sentido un gran pesar al ver sobre la mesa las espadas, esas espadas que eran las de Carlos, las armas de su propio hijo que iban á dirigir contra él que él creía haberle salvado de la ruina y tal vez del deshonor.

Un criado entró inmediatamente despues anunciando que queria hablarle un caballero llamado Gonzalez.

Despues de haberle saludado Matallana, le dijo:

—Vd. es portador de ciento veinte mil duros pagaderos á la vista... Aguardaba á vd. con impaciencia, dijo Matallana, porque he dado á ese dinero un destino hoy mismo, una sorpresa en la canastilla de boda... para los alfileres de la novia... Va sabe vd. que se casa mi hijo... ¿Conoce vd. á mi yerno?

—No señor; no, personalmente al menos; pero he oido hablar de él como de una de las altas capacidades del comercio... Permitame vd. que le dé la enhorabuena. Aquí tiene vd. los treinta billetes, si quiere vd. contarlos...

Gonzalez sacó los billetes de su cartera; Matallana le invitó á sentarse, y despues comenzó á contar los billetes. Al llegar á los que por la mañana había dado don Francisco, pasó algunos sin notar nada, empero uno de ellos pareció fijar su atención. Entonces volvió á mirar los anteriores, y despues de haberlos examinado permaneció pensativo. Pasó su mano por la frente como para buscar un recuerdo, y su rostro se fué desfigurando y alterando poco á poco. Gonzalez inmóvil á su lado seguía con los ojos aquella visible y notable alteración.

—Caballero, veo que estos billetes le causan á vd. el mismo efecto que á mi cuando me los han dado. Decía yo que debían haber servido de collar á alguna gran señora, porque parece que están traspasados por el medio.

—¿Traspasados! dijo con asombro Matallana, miró fijamente los billetes, y aquella vez se paró con una sensible agitación. (Y manchados!... añadió)

—En efecto, hay como una mancha rojiza.

—¿Ah!... ¿quién es vd., caballero? dijo Matallana agarrando violentamente á Gonzalez por el brazo, y mirándole de hito en hito con una especie de terror.

—¿Yo, señor?... Yo soy don Manuel Gonzalez, comerciante de paños... Pero... ¿á qué viene esto?...

Entonces Matallana le cogió por el cuello, gritando:

—¿Socorro, socorro, socorro!...

Y acudieron los criados por todos lados.

—¿Qué hay, padre mio?... dijo con terror Eugenia.

Los criados se apoderaron de Gonzalez.

Matallana teniendo siempre agarrado con una mano, y enseñándole con la otra los billetes:

—Esta mancha, esta mancha!... ¿sabe vd. que es de sangre?

—¿De sangre!

—¿Y esta cortadural!... ¿es la huella de un puñal!...

—¿De un puñal!... exclamaron todos aterrados.

—Si... es sangre; dijo Matallana vertiendo abundantes lágrimas; ¿es la de mi desgraciado hijo!... ¿ese puñal es el acero que ha atravesado su corazón!...

Reparando que Gonzalez no experimentaba ninguna emoción, pasó lentamente la mano sobre su frente.

—No; tal vez no sea él, dijo; el asesino no hubiera venido él mismo á traerme la prueba de su crimen. Perdóne vd., caballero, el ímpetu de un desgraciado padre: escuse vd. mi estravío...

Los criados soltaron entonces á Gonzalez.

—¿De dónde le vienen á vd. estos billetes?

—Con verdad, caballero, que no sé si debo decir á vd....

—Hable vd. ó la justicia le obligará á ello.

—Es que si vacilo, es porque la persona que me los ha dado es conocida de vd....

—¿Quién?... preguntó vivamente Matallana.

—El que va dentro de una hora á pertenecer á su familia de vd... ¿don Francisco!...

Matallana y Eugenia escuchaban con la mayor ansiedad, y á una voz exclamaron:

—¿Don Francisco!...

Matallana, despues de un momento de silencio, dijo:

—Sin embargo, caballero; hace un momento me ha dicho vd. que no lo conocía...

—Es verdad; me había suplicado ocultase á vd. nuestras relaciones.

—¿Y cuál es la naturaleza de estas relaciones?...

—Las de un acreedor y un deudor. Don Francisco me debía cuatro mil duros.

—¿Ah! ¿esa suma que había tomada prestada para pagar una deuda de su hermano hace seis meses?...

—Hace mucho mas tiempo que don Francisco es mi deudor; tres ó cuatro años á lo menos.

—¿Tres ó cuatro años!... ¿Y á qué atribuye vd. el que él necesitase dinero?

Viendo Matallana el embrazo en que estaba Gonzalez le instó vivamente á que hablase. Entonces Gonzalez dijo que había oido decir que don Francisco jugaba.

—¿Don que era verdad?... dijo despues de una pausa Matallana... Estos billetes...

—Esta mañana he venido á reclamar mi paga. Don Francisco me ha pedido un nuevo plazo... y habiéndome negado, me ha pagado con estos veinte billetes.

Aterrado quedó Matallana al oír aquella declaración. ¡Aquellos billetes, y entre sus manos!... Tratando de reunir sus recuerdos, pensaba en la noche en que había llegado herido á la puerta de la quinta; pero como era un jugador conoció que sería una farsa para ocultar su crimen. Su corazón se desgarraba á la idea de que en aquellas circunstancias iba él á entregar su hija al mismo asesino de su hermano. Estrechó entonces á su hija convulsivamente en sus brazos, é hizo llamar á don Francisco.

Llegaba éste en aquel momento. Matallana ocultó vivamente los billetes en su mano. A su llegada todos bajaron y pararon la vista en don Francisco. Al aspecto éste de Gonzalez, se estremeció y echo una mirada en derredor con desconfianza.

Matallana, con una emoción que se esforzaba en vano á contener, le dijo:

—¿Conoce vd. á este caballero?

—En efecto, dijo don Francisco tartamudeando; he tenido el honor de verle algunas veces.

—Esta misma mañana... dijo Matallana... Y don Francisco quedó aterrado. Entonces Matallana añadió enseñando los billetes á don Francisco con mano trémula: ¿le ha entregado vd. estos billetes?...

Dió don Francisco un grito de terror. Retrocedió con espanto ante aquellos billetes, cual ante un fantasma; cubrió su rostro con ambas manos, y echó á correr al cuarto inmediato cuya puerta cerró bruscamente.

—¡Asesino! le gritó Matallana.

Entraron los criados. Estos quisieron halarlo hacia la puerta por la que acababa de salir don Francisco; pero con un gesto los detuvo Matallana y solo hizo señal al anciano criado Valentin para que siguiese á don Francisco.

Presentóse inmediatamente Calderón, y pidió á Matallana le perdonase por no haber tenido valor para alejarse de aquella casa, donde le detenía la alarma y el rumor de lo que había sucedido.

Hablando estaba todavía Calderón, recibiendo las disculpas que el desgraciado padre le daba á fin de que perdonase una coquedad que tan fatal podia serle, pues que iba á poner la mano de su hija en la del asesino de su hermano, cuando se oyó la detonación de un tiro.

Entró inmediatamente el criado, y aunque todos comprendieron lo que acababa de suceder Matallana le dijo:

—El asesino se ha hecho justicia: nos ha evitado el pesar de verle en un cadáver.

Y alargando la mano á Calderón, y colocándole la de éste sobre la de Eugenia:

—Vd., le dijo, vd. será mi yerno.

Así despues de un año, el crimen del infiel dependiente de comercio fué descubierto y castigado por él mismo.

J. M. GAVIRIA.

MISCELANEA.

EL PREDICADOR RECONVENTO.—Un predicador probaba en el púlpito que todo cuanto Dios ha hecho está bien hecho:

—Eso á tu tía, decía entre si un jorobado, tú dirás cuanto quieras, pero eso no me lo harás creer.

Esperó al predicador á la puerta de la iglesia, y le dijo:

—Usted, padre, ha predicado que Dios ha hecho todas las cosas perfectas; pues mire vd. como estoy yo.

—Pues, hijo mio, le responde, tú eres una prueba de cuanto he dicho, pues en clase de jorobados no puede Dios hacer cosa mas perfecta.

LAS RELIQUIAS.—Un sacristan muy tundo mostraba un dia en una aldea las reliquias de la iglesia, á la que asistia siempre una numerosa concurrencia, y para divertirse acostumbraba á echar mil mentiras; la reliquia mas rara decía que era un cabello de la Virgen, que parecia presentarle á las gentes separando sus manos poco á poco; en términos que por toda aquella tierra era muy grande la adoración que se tributaba al cabello de la Virgen, concurriendo milares de almas las dos ó tres veces que se manifestaba en el año. Llegó en una ocasion un labrador de aquellos que suele haber mas despejados, y abriendo sus grandes ojos tocando casi con ellos los dedos del sacristan, dijo al manifestar el cabello:

—Pero, padre sacristan, yo por más que miro, nada veo.

—Va la crea, responde, veinte años hace que lo enseño, y todavía no te ha visto yo.